



ENTREVISTAS

José María Aznar

A0430

ENTREVISTA AL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, POR THIERRY MALINIAK Y DANIEL VIGNERON PARA EL DIARIO FRANCÉS *LA TRIBUNE DESFOSES*

17-04-98

Dos semanas antes del Consejo Europeo de Bruselas, el 2 de mayo, que seleccionará definitivamente a los países que participarán en la moneda única, José María Aznar, jefe del Gobierno español, expone a "La Tribune" su visión de Europa.

En su opinión, las modalidades del Gobierno económico, así como la democratización de las instituciones, provendrán natural y progresivamente del funcionamiento de la Europa monetaria.

En materia de lucha contra el paro, el Jefe del Gobierno estima que el Estado debe crear las condiciones favorables para la competitividad de las empresas y concentrarse en la educación y la formación.

P.- La moneda única está a punto de convertirse en una realidad, y el Banco Central Europeo está a punto de empezar a funcionar. ¿Piensa que es necesario o deseable un contrapeso político a su poder?

Presidente.- Lo necesario, ante todo, es garantizar el funcionamiento del BCE de la misma forma que los Gobiernos han asegurado el funcionamiento de sus bancos centrales, con la misma eficacia. La moneda única, en términos políticos, representa una verdadera reestructuración de Europa, que impondrá un mayor grado de coordinación, tanto político como económico, entre los países miembros. ¿Qué hay más importante en términos políticos que crear una moneda única? Pero estos futuros equilibrios políticos nacerán de ellos mismos, a través de las instituciones democráticas europeas.

P.- ¿No corremos el riesgo de tener que sufrir la ley de un BCE que no sea un organismo democráticamente elegido y que no tenga que rendir cuentas a nadie?

Presidente.- Los miembros del BCE son elegidos por el Consejo Europeo, que es tan democrático como el Parlamento Europeo, porque representa a Gobiernos elegidos. Y ninguna institución puede funcionar sin tener que rendir cuentas a nadie. Los miembros del BCE no son extraterrestres o semi-dioses. Si preguntamos quién controla el BCE, también nos podemos preguntar quién controla hoy el Banco de España o el Banco de Francia. Ahí también nacerán naturalmente los equilibrios entre instituciones.

P.- ¿Puede una política monetaria común adaptarse a países cuyas coyunturas y necesidades en materia de desarrollo son tan diferentes?

Presidente.- Respondo con otra pregunta: ¿es posible llegar a unos tipos de cambio fijos entre estos mismos países pese a sus diferentes situaciones? Sí, ya es así. En estas condiciones, dar el paso hacia la moneda única parece lógico. Las condiciones para que sea un éxito consisten en mantener un marco de estabilidad y proceder a las reformas estructurales necesarias. El último informe de la Comisión indica que la renta per cápita

de nuestro país se sitúa hoy a un nivel del 77'5 por 100 de la media comunitaria. Hace apenas dos años, estábamos en el 76'2 por 100, lo que quiere decir que la convergencia real también se está produciendo. La moneda única provocará un movimiento de expansión del que se beneficiarán todos los países, cualquiera que sea su nivel de desarrollo. Y esta expansión económica es la que debe sostener la inversión, no el déficit público. Y, además, existen también los fondos comunitarios de solidaridad, que se mantendrán.

P.- ¿No corre la gestión de la política monetaria común el riesgo de verse enfrentada a diferentes ciclos al estar algunos países, como España, expuestos a unos riesgos de recalentamiento?

Presidente.- Nuestro país ha entrado en la cultura de la estabilidad, lo que nos permite, por ejemplo, anunciar que nuestro déficit público se reducirá no al 2'4 por 100 sino al 2'2 por 100 del PIB en 1998. Pero, sobre todo, por primera vez en la historia económica de España, el consumo y ahorro crecen al mismo ritmo, lo que constituye una garantía de estabilidad. No creo, pues, en un riesgo de recalentamiento. Las grandes llamaradas del consumo incontrolado pertenecen ahora a otra época de nuestra historia. Tenemos 4'5 millones de nuevos accionistas que han aparecido con las privatizaciones y más de 6 millones de familias han confiado su ahorro a un fondo de inversión: es el final de la mentalidad del consumo inmediato.

P.- ¿Es partidario de una armonización de la fiscalidad a nivel europeo o aboga por la competencia en este terreno?

Presidente.- En lo que se refiere a los impuestos indirectos, creo que nos dirigimos hacia una armonización. Pero, para los impuestos directos, la competencia es positiva. Acabamos de presentar una reforma del impuesto sobre la renta con el fin de reducirlo, en particular para los asalariados. Ya hemos modificado la fiscalidad del ahorro, la de la transmisión de empresas, la de las PYMEs. En materia de ahorro, hemos establecido una tasa única para las plusvalías: es ridículo, en un contexto de libertad de capitales, intentar penalizar su movilidad a través de la legislación nacional.

Lo que me interesa es que se desarrolle y se pueda mover el ahorro. El resultado ya se lo he comentado con las cifras sobre la explosión de nuevos accionistas o de los fondos de inversión. También queremos reducir la brecha fiscal entre lo que cuesta el trabajador en total a la empresa y lo que realmente percibe: podremos así aumentar la dinámica de nuestra estructura productiva. La otra vía sería la de reducir los salarios, pero esto es precisamente lo que quiero evitar.

P.- Antes se refirió a los fondos comunitarios de solidaridad y a su mantenimiento. El proyecto Agenda 2000 no satisface a este respecto a España.

Presidente.- Las políticas de solidaridad constituyen una de las columnas vertebrales de la UE. Y no podemos analizarlas en simples términos de flujos financieros. Si hace una lista de las empresas que se benefician de los proyectos financiados por estos fondos, comprenderá que las políticas de solidaridad son igual de importantes para los países cuyas empresas realizan estos proyectos como para aquellas que son receptoras de fondos. Debemos evitar razonar en términos de "contribución neta".

P.- ¿No se traducirá la ampliación de la UE en un redespliegue de estos fondos?

Presidente.- Cuando se habla del coste de la ampliación, hay que hablar no sólo de gastos sino de ingresos. No creo que haya que mitificar el actual tope del 1'27 por 100 del PIB para los ingresos. No estoy de acuerdo con esta cifra.

P.- ¿No hace la Unión Monetaria aún más necesario el refuerzo de otras políticas comunes, por ejemplo en materia de seguridad?

Presidente.- Soy totalmente partidario. La lógica de la Unión Monetaria supone, además, reforzar a la vez la Unión Política. Lo veremos en los próximos años. En

Amsterdam, España apoyó el refuerzo de la UEO y su articulación con la UE. Pero el elemento esencial de nuestra seguridad es la OTAN y los europeos deben estar en condiciones de asumir las mayores responsabilidades. Por eso nos hemos integrado en la estructura militar de la Alianza: queremos los mismos derechos y obligaciones que los demás.

P.- ¿Es partidario de un "señor PESC" que represente a Europa en el exterior?

Presidente.- Le respondo con dos preguntas que ilustran las dificultades que esto supone: ¿Puede convertirse el G-7 en el G- 4, con una Europa que disponga de una única voz? ¿Están los europeos dispuestos a no tener más que una única representación en el Consejo de Seguridad? Hay que partir de la realidad: en las actuales circunstancias, la tarea de un "señor PESC" será apreciable, pero modesta.

P.- ¿Cómo se sitúa España, con la tasa de paro más elevada de la UE, frente al actual debate entre los Quince sobre las políticas activas de empleo?

Presidente.- La fórmula más aceptable para mí es la que reconoce que el sector privado crea los puestos de trabajo más sanos. El papel del Estado, por su parte, es garantizar la educación y la formación y hacer que las empresas sean lo más competitivas posible. No creo en el empleo público. La realidad parece darnos la razón: al final de este año habremos creado, después de dos años y medio de Gobierno, unos 900.000 puestos de trabajo. Con una tasa de crecimiento del 3'6 por 100, el empleo ha aumentado a un ritmo del 3 por 100.

¿Qué más podemos hacer? Primero, lograr que el actual crecimiento sea duradero y completar después las reformas del mercado de trabajo que hemos emprendido. El Plan para el Empleo que presentaremos en Cardiff va en este sentido, porque estimula en particular los contratos a tiempo parcial, lo que permite conciliar mejor el trabajo con la situación familiar del trabajador. Algunos interpretan estas medidas en términos de precariedad del empleo: yo las interpreto en términos de nuevas oportunidades de empleo.

En el Consejo Europeo de Luxemburgo, durante el almuerzo, algunos hacían grandes discursos sobre el empleo. Simplemente sugerí pedir la opinión de Tony Blair que viene de un país con una tasa de paro del 5 por 100. Esto no significa que haya que importar este modelo porque las culturas y las mentalidades son diferentes y deben respetarse. Pero quizá se puedan sacar lecciones. La mejor política social es la que crea puestos de trabajo y la mejor cohesión social es el empleo.

P.- ¿Cuál es su posición frente al debate sobre el reparto del trabajo?

Presidente.- Todo depende de la situación de cada sector y cada empresa y, por tanto, de la negociación colectiva. ¿Por qué establecer una regla general? Afirmar que dos personas pueden trabajar cuatro horas diarias ahí donde una trabajaba antes ocho horas no responde a la realidad económica. Además, si reducimos el número de horas semanales por ley, ¿reduciremos también el salario por ley?

P.- ¿Cómo explica que las sociedades de los países del sur de Europa se muestran hoy más receptivas a las reformas que las del norte?

Presidente.- Si consideramos que las prestaciones sociales constituyen derechos totalmente inamovibles, entonces, cuanto más elevadas sean las prestaciones y más largo sea el periodo durante el cual se ha beneficiado de las mismas, mayor será la resistencia a cualquier reforma. En otras palabras, un cambio en este terreno es más complicado en un país con una renta per cápita de 22.000 dólares que en otro con 14.000.

No se trata sólo de un problema de voluntad política. Esto nos conduce a un debate de fondo: ¿cómo garantizar la cohesión social en el futuro? Las viejas fórmulas basadas en impuestos y déficit elevados no funcionan ya. Hay otras nuevas, más abiertas, que

suponen reformas estructurales. Es tarea de los Gobiernos emprenderlas. Raramente en la historia contemporánea unas reformas semejantes han sido tan necesarias como hoy. Algunos se aferran desesperadamente al pasado, pero éste no puede constituir la solución.

P.- Preconiza la compatibilidad ente reformas liberalizadoras y cohesión social. ¿Ha logrado así desmentir a quienes auguraban que su Gobierno se lanzaría a una política "thatcheriana" que conduciría rápidamente a un callejón sin salida social?

Presidente.- Algunos nos pronosticaron efectivamente una vida muy corta. Pero hemos conducido España al Euro, hemos reducido el paro, bajado los impuestos, suprimido el servicio militar y mantenido la cohesión social, lo que demuestra que todo esto es posible a la vez. Jamás tuvimos la intención de poner en marcha una política de educación, de sanidad o de jubilación que no fuera fruto de un amplio diálogo. Y este diálogo ha sido fundamental. Somos perfectamente conscientes de que no hay nación fuerte y moderna sin equilibrios sociales de base. La cohesión social es una exigencia de nuestra sociedad: no es un problema entre liberales y social-demócratas. Pero esto no impide las reformas: el que las rechace tendrá que afrontar mañana rupturas radicales.

Thierry Maliniak y Daniel Vigneron